

ción y derecho—alberga al *Patrono*, el viejo palacio de los muertos *Señores*, el patio de un desaparecido convento, la fuente en que bebieron y charlaron los viejecitos de ayer, la ventana de un colegio o de una casa sobre cuyos historiados adornos se besaron por primera vez nuestros padres, el edificio del Ayuntamiento y del Gobierno, el mercado, el paseo, la balaustrada, la cúpula, el banco de piedra, la puerta del solar, los artesonados, el apollillado mueble, la moldura, la inscripción y mil más cosas viejas, reciben nuestra indiferencia y con ella nuestra contribución a su desgaste. Día a día el uso y el desdén los van matando y día llegará en que por nuestra mano y por nuestro desprecio desaparezcan. Nuevos edificios y flamantes muebles los sustituirán, pero bien poco parecidos a aquellos que destruimos. Las pulidas canterías color de lama verán ocupado su lugar por cementos y frágiles tabiques, las amables esculturas de vestidos tallados y decorados con primorosos oros y negros, se tornarán horribles *Santos* de indumentarias talares, burdas y chillonas y en la casa que por vieja se derrumba, en la pulida madera que nuestra incuria desdeña, perdemos fragmentos de estudio, de costumbres, de creencia, girones de historia, retazos del espíritu colectivo que más falta nos hace para crear nacionalidad a base de amor, la tradición.

Y no se piense que solo en las grandes ciudades puede existir esta grave responsabilidad. La república entera encierra, en proporciones máximas, tesoros que piden con la belleza suprema de su silencio, atención, respeto y amor: la Casa de Montejo en Mérida, el Palacio Rul en Guanajuato, la Capilla del Rosario, la Casa del Alfeñique y La Compañía en Puebla, Santa Mónica y San Felipe en Guadalajara, el Camarín de Ocotlán y San Francisco en Tlaxcala, Santo Domingo en Oaxaca, el Carmen de Celaya, Santa Clara y Santa Rosa de Viterbo en Querétaro, San Diego y Guadalupe en Aguascalientes, la Catedral de Zacatecas, Morelia, Cholula, San Miguel Allende, Tlacolula, Tepozotlán, San Francisco Acatepec, Acolman, y la enumeración sería infinita como imperfecta ha sido, pues hay ciudades-monumentos que deberían tener en perpetua contemplación a sus habitantes, celosos de su cuidado como orgullosos de su posesión. Y no digamos ciudades, pueblos pequeños, simples rancherías albergan un rincón de leyenda mexicana, grandioso como cualquier monumento de México. La Iglesia de Cuahutitlán y la Casa de la Hacienda de Río Florido en Chihuahua, son una muestra, entre muchos millares, del reguero de tesoros más o menos suntuosos pero igualmente venerables que ornamentan nuestra tierra. Cada lugar de aparente insignificancia encierra un soplo de nuestra leyenda vital que hay que respetar con la unción que merece nuestro nombre y nuestra casa, cuidar de él con el fervor y cariño de algo que nos dice lo que podríamos valer si fuésemos capaces de crear monumentos sociales semejantes y sobre todo, recordar y amar intensamente tal como se acaricia el re-